

an
ón
na-
sa
cli-
sal
La
sa
or,
su
ce-
es.
en-
tá-
le.



ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI

←BARCELONA 5 DE DICIEMBRE DE 1887→

NÚM. 310

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES



RELOJ DE SOBREMESA, composición y escultura de J. Atché

con
hay
La
fácil
lad.

e)

ia

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—Don Ramón Picatoste (continuación), por don Fernando Araujo.—El violín de un maestro de aldea, (continuación).—La ciencia práctica.

GRABADOS.—Reloj de sobremesa, composición y escultura de J. Atché.—Carmen, cuadro de C. Bantzer.—Camino de la escuela, cuadro de E. Minet.—Las hijas de María, cuadro de Enrique Serra.—Escenas New-Yorkinas, dibujos de J. Contell.—Fotografía de la ciudad de Rennes, tomada a una altura de 800 metros por el aeronauta P. Jovis.—Manera de cortar a mano impunemente un cordón.

NUESTROS GRABADOS

RELOJ DE SOBREMESA,
composición y escultura de J. Atché

El renacimiento artístico de España es evidente. Si durante algunos años, el estruendo de la guerra ó las algaradas locales contuvieron las manifestaciones del genio, apenas funcionamos con alguna regularidad en el orden político-social, los gérmenes tomaron cuerpo, las ideas adquirieron forma y la resurrección produjo, no un cadáver animado, sino un arte joven, vigoroso, con vida creciente y en demanda de un porvenir glorioso. Todas las antiguas escuelas, todas las provincias, exhibieron notables artistas. Cuando de arte se trata, no ocupa ciertamente lugar secundario la nación en que nacieron Fortuny y Rosales, Pradilla y Villegas.

Empero, por una serie de concusas que no son de este lugar, si en el arte pictórico han florecido igualmente todas las regiones españolas, en el arte escultórico es indudable que Cataluña se ha llevado la palma. Varios y muy distinguidos son los escultores de cuya merceda gloria participa la patria catalana, y no es, ciertamente, Atché quien menos ha contribuido á formar semejante opinión. A las muchas y notables obras suyas que conocen los amantes del arte, tenemos la satisfacción de añadir la que representa nuestro grabado, ejecutada con exquisita finura, bien concebida y llena de preciosos detalles. Figura la educación de Baco, y en verdad que si como dibujo es modelo de elegancia, como escultura es tipo de estudio y expresión.

CARMEN, cuadro de C. Bantzer

Es singular la manía de algunos pintores que aplican, ó mejor diríamos bautizan sus cuadros con un nombre cualquiera de mujer. Uno pinta á Hortensia, otro á Antonia, quién á Fernanda, quién á Luisa... No parece sino que algunos artistas se han propuesto ilustrar á su manera un año cristiano femenino. Titular á un cuadro Carmen equivale á titularlo X, ó á no titularlo; lo cual, en tales casos, sería mucho mejor. ¿Qué idea, ni qué predisposición ó punto de contacto despierta, infunde ó establece un sencillo nombre de pila, para formar concepto de un cuadro? Si una pintura ha de significar algo, ese algo no puede ser una cosa llamada Carmen, por más que Carmen sea un bonito nombre de mujer.

Ehonorabuena nos dijera Bantzer que se había propuesto pintar la belleza candorosa, la inocencia, la pureza, condiciones perfectamente expresadas en el cuadro que reproducimos. En tal caso diríamos que difícilmente pudo cumplir mejor su propósito. Pero, ¿nos explicará el artista qué relación guardan esos hermosos sentimientos con que esa mujer se llame Carmen ó se llame Brígida?...

CAMINO DE LA ESCUELA, cuadro de E. Minet

Salieron de casa las dos hermanitas con el propósito de llegar á la escuela á la hora de reglamento. ¡Yaya si tenían este propósito!... Ahí están sus libros y deberes que lo atestiguan. Y hubieran llegado, sin duda alguna... ¡Poco hacendosas y aplicadas son las pobrecitas!... Pero entre la granja y la aldea hay que recorrer un sendero tan risueño, tan lleno de atractivos, que convida de irresistible manera á un momento de descanso... ¿Qué muchacha se hace superior á la tentación de confeccionar un ramo de amapolas? ¿Cuál renuncia voluntariamente al soporífero murmullo de las espigas agitadas por el blando cefiro y á la impresión vivificadora de un sol de primavera que convida á la contemplación inconsciente de la exuberante naturaleza?...

Pues á esa seducción se han rendido nuestras niñas, y vayan ustedes á hacerlas comprender que la obligación de los pájaros es meterse voluntariamente en la jaula... Sería trabajo perdido. Respetemos su efímera libertad, no interrumpamos sus sueños de oro; harto pronto la realidad de la vida pesará sobre ellas...

Minet ha pintado un verdadero idilio sobre este tema, idilio en que todo respira juventud y dicha. El cielo es puro y límpido, la naturaleza ostenta sus más preciados frutos, la aldea misma que aparece en lontananza tiene un aspecto risueño y convida con la grata paz que debe disfrutarse en sus hogares. Es un cuadro cuya vista produce algo del inefable bienestar que sienten sus protagonistas.

LAS HIJAS DE MARÍA, cuadro de Enrique Serra

Es esta la segunda vez que la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reproduce este hermoso lienzo. La primera fué en tamaño relativamente pequeño que, si bien permitía formar idea de la composición, no permitía formarla de sus detalles. Y estos detalles, en especial la expresión de los personajes, son lo más notable del cuadro. Desde el monaguillo que canta el himno á la Virgen con toda la fuerza de sus pulmones, hasta el porta cirial que une maquinalemente su cascada voz á la del coro de las tiernas hijas de María, hay en esa obra una diversidad de tipos que honran á su distinguido autor. De este cuadro puede decirse que es como las variaciones que un maestro de primera fuerza compone sobre un bellísimo tema.

ESCENAS NEW-YORKINAS,
dibujos de J. Contell

Llevando á la práctica el conocido axioma inglés *el tiempo es dinero*, los hijos de Albión y todos sus congéneres han dispuesto la manera de emplear la menor suma de tiempo posible en confortar el cuerpo con el necesario alimento durante las horas del cotidiano trabajo. De aquí ha surgido el *lunch*, especie de almuerzo frío, preparado de tal suerte, que puede ser tragado por un regular gastrónomo tan fácilmente como un perrazo de Terranova engulle un terroncito de azúcar.

La economía de tiempo y la del dinero, que para cosas tales se apoyan mutuamente, han concertado el sistema de engullir de pie esas viandas frías; actitud copiada sin duda de la Pascua de los is-

raelitas que, después de todo, no tenían grandes motivos para comer tan incómodamente. Tenemos, pues, que el *lunch* puede tomarse de pie ó sentado; pero siempre con la mayor economía de minutos empleados en esta operación.

En los Estados Unidos se vive bastante, ó más que bastante, á la inglesa. El ahorro de tiempo es más que un axioma, es una especie de dogma. Así, por ejemplo, la distancia de un punto á otro no puede establecerse directamente, sino con relación á la mayor ó menor suma de peligro que pueda correrse por los viajeros. No hay un maquinista que no se atreva á doblar la velocidad de un tren ó de un buque, si le autorizan para recorrer en un segundo la distancia que separa al rail ó al mar de los espacios planetarios. La velocidad de la marcha no tiene más regulador que la impunidad en caso de catástrofe.

Compréndese, por lo tanto, que acudan á ese país multitud de gentes, para quienes la perspectiva de unos cuantos dólares es el mayor estímulo de todos sus actos. Mas como las talegas no surgen del suelo, como los hongos, ni en Nueva York ni en parte alguna del mundo, de aquí que los aspirantes á mejor fortuna tengan que apechugar á su vez con el *lunch* servido en ciertos restaurantes, donde sin perjuicio de la debida limpieza, el confortable y el *menú* guardan debida relación con la caja de los habituales concurrentes. Con menos adornos que los engañosos comedores del *Palais Royal*, pero muy superiores á las *casas de comida* catalanas, los *lonchistas* de Nueva York pueden economizar á un tiempo, en tales establecimientos, tiempo, dinero y sobre todo indigestiones.

El autor de los dibujos que reproducimos ha hecho un verdadero estudio de esos sitios en hombres y cosas, permitiéndonos formar concepto muy aproximado del lugar de la escena y de los personajes del drama. Su verdad es tanta que, aún más que dibujos, parecen fotografías tomadas directamente del natural.

FOTOGRAFÍA DE LA CIUDAD DE RENNES,
tomada á una altura de 800 metros
por el aeronauta P. Jovis

El grabado que publicamos en este número representa la ciudad de Rennes según una fotografía que tomó á la altura de 800 metros, el aeronauta francés, capitán P. Jovis, quien se ha dado á conocer por sus recientes ascensiones en el globo llamado *Horla*, en compañía del teniente Mallet. Esta fotografía se sacó con un nuevo aparato inventado por dicho capitán, y al que ha dado el nombre de *aero-fotográfico*. La importancia de semejante invención sería muy considerable evidentemente en tiempo de guerra. El capitán Jovis, que es director de la «Unión Aeronáutica» de Francia, irá muy pronto á Londres para tomar parte en una conferencia organizada por la Sociedad de aquel nombre en esa capital.

DON RAMÓN PICATOSTE

(Conclusión)

V

Los bandidos de la Peña del Hierro

Después de una escena como la tragi-cómica reseñada en el capítulo anterior, no era cosa de que me quedasen ni deseos siquiera de cultivar las relaciones de una familia en que, por el carácter imperioso y la excesiva presunción del hijo, la intratable idolatría de la madre y la bonachona complacencia del padre, estaban reducidos cuantos quisieran frecuentar su trato al papel de humildes comparsas de aquel coro de lisonjas, sin libertad para aventurar una observación, ni autoridad para aconsejar un correctivo, ni posibilidad de hacer otra cosa que rendir culto al ídolo picatostil quemando incienso en sus aras y celebrando sin rebozo todos sus dichos y hechos que, por proceder de tan impecable origen, no podían menos de ser intachables y dignos de ser ensalzados hasta las nubes.

Rotas de tan brusco modo mis relaciones con los Picatostes, todas las comunicaciones que después tuve con ellos se redujeron á mis casuales encuentros con Ramoniyó, que procuraba esquivarme cuando me veía y que, cuando no podía evitarlo, me saludaba quitándose la gorra, correspondiendo yo á su saludo.

Tres años transcurrieron así, y cuando menos podía esperarlo me encontré un día en mi despacho con la visita de los dos Picatostes padre é hijo.

—¡Usted por aquí, señor Picatoste!—le dije con sorpresa, pero sin el menor asomo de resentimiento.—¡Cuánto me alegro! Vamos, siéntese V. y dígame qué le trae por esta su casa y en qué puedo servirle.

—Pues verá V...—dijo el bueno del carpintero un tanto cohibido y dando vueltas entre sus manos á su flamante sombrero de anchas alas.—La verdad es que nos portamos muy mal con V... Pero ya ve V... mi mujer... tiene un genio tan vivo...

—No hablemos de eso, amigo Picatoste; lo pasado, pasado. Siéntese V. y no se preocupe V. por lo ocurrido ni crea que les guarde por ello el menor rencor; yo sentí lo que sucedió, pero no por mí sino por Vds., por el mal camino que me parecía seguían en la educación de su hijo.

—Le diré á V., nosotros...

—¡Nada, nada!—interrumpí viendo á Picatoste dispuesto á disculparse y discutir.—No hablemos más de ello. Con que, ¿qué debo el gusto de verles por mi casa?

—Pues verá V.,—dijo Picatoste sentándose, y sin dejar de dar vueltas al sombrero,—á mi Ramoniyó, ya sabe usted, le ha *dao* por los versos, y todo el santo día de Dios se lo *veva* en su cuarto corriendo de un lao pa otro, dándose golpes en la frente, pegando patadas en el suelo... en fin... ¡Toma! como que algunas veces nos mete en *cuidao* de si estará malo, y hasta una tarde hemos tenido que *yamar* al médico, ya sabrá V., á D. Sisenando... ¿no le conoce usted?

—No recuerdo...

—¿Cómo que no? ¡si no *pué* ser menos!... Si es de lo mejorcito que tenemos en la ciudad!... ¡Ya se ve! ¿Cómo no ha de ser buen médico si lo ha *mamao*? V. no conocería á su padre acaso; pero de seguro que habrá V. oído hablar de él... D. Pancracio Berrinchón, hijo de la Pelendenga, que por eso le llamaban el Pelendengue... ¿no cae usted?

—Sí, señor, sí, ya caigo.

—¿No lo decía yo? ¡si no podía ser menos!... ¡Qué bueno era D. Pancracito!... Nosotros le *yamábamos* así, don Pancracito, porque como habíamos sido vecinos en la *caye* de Lobo-Hambre... luego, ya se ve, aunque nos mudamos *pa* la *caye* de Pedro Cojos, y después *pa* la de Arriba... ¿cómo habíamos de perder el *afeuto* que teníamos á D. Pancracito?... Así es que cuando D. Pancracito se murió...

—Pero, padre...—dijo Ramón que no hacía más que impacientarse.

—Ya voy, hombre, ya voy. No te apures, que todo se andará.

—Es verdad,—dije yo, pudiendo apenas contener una sonrisa y sin atinar todavía á dónde iría á parar todo aquello,—no tenga V. prisa.

—Pues como iba diciendo... ¿ves? con haberme interrumpido se me fué el santo al cielo, y ya no sé por dónde iba... ¡Por vida de mi memoria!... en fin, ¿qué le hemos de hacer? El caso es que á Ramoniyó, ya V. sabe, le da por los versos, y tan pronto se nos sube en las *siyas* como en las mesas á echarnos unas relaciones que... ¡ya! ¡ya! Su madre se vuelve loquita con *eyas*; pero no crea usted, que todas son de amoríos y de muchachas que yo no sé de dónde saca tanta novia... Lo que es como lo supiese su tío el cura... ¡buena se armaba, buena!... El, que está tan creidito de que Ramoniyó no piensa más que en los santos... ¡sí, sí!... ¡buenos santos te dé Dios!... ¿V. no le conoce al tío de Ramón?

—No señor, no tengo ese gusto.

—¡Pues es lástima!... Es todo un santo varón... ¡Así está él de gordo y de coloradote! No crea V... tiene ya setenta años y nadie lo diría... ¡Vaya una vida que se *veva*!... se levanta á las ocho de la mañana...

—Pero, padre...

—Ya voy, hombre, ya voy... Tú... ¡claro!... no estás pensando más que en lo tuyo.

—Pero, ¿no ve V., padre?...

—Sí, hombre, sí. Lo que veo bien claro es las ganas que tienes de que le diga á este señor que traes ahí unos versos.

—¡Ah, vamos!—exclamé yo empezando á comprender, —¿con que trae unos versos?...

—Sí, señor; unos versos *sacaos* de su cabeza, ¡naturalmente! Verá usted. Es el caso que Ramoniyó, ahí donde usted lo ve, es muy *vergüenzoso* y tiene unas ganas que se las pela de ver alguno de sus versos en letras de molde...

—¡Ah!

—Sí, señor. Pero es claro: el muchacho, como es así, no se atreva á decirle á V. nada, y nos tenía comido el coco del oído á su madre y á mí, hasta que yo... ¡pues!... yo me dije *pa* mí: vamos á ver á ese buen señor y malo ha de ser que siendo los versos tan buenos, no los quiera poner en su periódico pagando lo que sea. Y *velay* porqué nos tiene V. aquí. Yo, ¡claro! no entiendo de eso, porque nunca me ha *dao* por escribir en los periódicos, aunque no crea V., aquí donde V. me ve tengo bastante buena letra... sólo que... ¡claro! como no la curso... Pero, ya ve usted... yo anduve á la escuela de la Compañía con don Canuto... ¡aquel sí que era buen maestro!... ¿no le conocía usted?

—No, señor, no tuve ese gusto,—contesté.—Pero veamos,—añadí, deseoso de encauzar la conversación,—¿traen Vds. los versos?

—¡To!... ¡Pues no que no!... Saca, saca esos papeles, Ramoniyó.

Picatoste hijo, más encarnado que la grana, sacó del bolsillo interior de su chaqueta un cuaderno, que me entregó diciendo:

—Es una comedia que se titula: «Los bandidos de la Peña del Hierro.»

—¡Hola! Una comedia,—exclamé sorprendido, tomando el manuscrito.—Veamos.

—¿Y qué quieren Vds. que haga yo con esto,—dije, después de hojear las primeras páginas, sin poder apenas contener la risa.

—¡To!... Pues ¿qué hemos de querer?—saltó el padre, —que lo ponga V. en el periódico.

—Lo siento, señor Picatoste; pero no puede ser.

—¿Y por qué? Yo pago lo que sea. Por eso no lo deje usted: yo respondo.

—No es eso, amigo mío. Es que en los periódicos no se acostumbra á publicar comedias. Si Vds. tienen empeño en imprimir esa producción de Ramón, pueden y deben Vds. hacerlo en otra forma; en forma de folleto.

—¡Folleto!—dijo Picatoste padre, así como sorprendido.—¿Tú sabes lo que es eso, Ramoniyó?

—¡Pues no lo he de saber!

—¡Qué cosa habrá que tú no sepas!... ¡Folleto!... Y yo que nunca había oído cosa semejante... Si los chicos de ahora... Y vamos á ver, ¿estás tú conforme con que *imprentemos* tu comedia en forma de...? ¿Ves? ya se me fué la especie. ¿Como se dice?

—Folleto, padre.

—Eso es... ¡folleto!... Con que, ¿qué te parece?

—Por mí, casi me gusta más; el caso es publicarla.

—Esa es la cuestión... ¡Ca!... Si no puede V. imaginarse, cabayero, lo que Ramoniyó se despepita por ver su

nom
de...
pob
hem
más
que
res...
hizo
Pan
caye
lo c
bañ
¡ya,
la,
ta,
esta
tam
que
la c
¡Ton
con
cia,
aque
form
hern
habe
gent
otro
rres.
—
cort
que
cion
plac
do
agua
su gu
mej
á ca
ó de
con
su c
—
padr
cien
—
ayá...
caba
fran
—
Pica
teng
les.
me
en
pued
—
cer,
mod
Ya le
otra
—
aquí
—
la su
Que
—
Dios
—
L.
se im
das
sazon
decía
y en
mina
abur
men
de s
travi
algu
—
R.
de h
gido
sitio
habr
com
joven
cido
de m
—
En
fante
caba
al ai
que
cula,
pare
enre
voz,
El p
jarse

nombre en letras de molde... Y es claro, ya que el pobre tiene ese gusto, ¿qué hemos de hacer sus padres más que dárselo? Peor era que le diera por cosas peores... No, no haré yo lo que hizo con sus hijos aquel Pantaleón, que vivía en la calle de Raspagatos... ¿no lo conocí V.? Era un *arbañil*, con un geniázo que, ¡ya, ya! Se le había muerto la mujer, que era una santa, y que tenía una tía que estaba con ellos, que era también un alma de Dios y que había vivido antes en la calle de Miñagustín... ¡Toma! pegando justamente con la casa de doña Engracia, por cima del zapatero aquel de la izquierda, conforme se baja, que tiene un hermano en Cuba que debe haber ascendido ya á sargento, según me dijo el otro día Colasa, la del Merres...

—Pero, padre...

—¡Nada, nada! —dijo yo cortando por lo sano. —Ya que Ramón tiene esas aficiones y Vds. quieren complacerle, aunque yo entiendo que sería preferible aguardar á que estuviese su gusto mejor formado, lo mejor es que se vayan Vds. á casa de Cerezo, de Oliva ó de Núñez y que ajusten con ellos la impresión de su comedia.

—¡Sí, sí, eso es! Vamos, padre, —dijo Ramón impaciente.

—Bueno; pues vamos *ayá*... V. nos dispensará, cabayero, la libertad y la franqueza.

—No hay de qué, señor Picatoste. Ya sabe V. que tengo mucho gusto en verles. Lo que siento es que me haya pedido una cosa en que precisamente no puedo servirle.

—¡Qué le hemos de hacer, cabayero! De todos modos... ¡muchas gracias! Ya le molestaremos alguna otra vez.

—Cuando Vds. quieran; aquí tienen su casa.

—Ya sabe V. dónde está la suya. Con que lo dicho. Que V. lo pase bien, y dispensar.

—No hay de qué, señor Picafoste. ¡Vayan Vds. con Dios!

VI

Donde Ramón Picatoste elige una carrera

La famosa comedia: *Los bandidos de la Peña del Hierro*, se imprimió en casa de Núñez, arrancando sendas carcajadas á los cajistas y proporcionando á su autor sendas desazones. La escena de la comedia pasaba, como su título decía, en la Peña del Hierro, situada á orillas del Tormes, y en la cual, como reliquias sin duda de un comienzo de mina para la explotación del mineral de hierro en que abunda, hay socavada una espaciosa cueva, albergue de mendigos y de quinquilleros, lugar de amorosas pláticas de soldados y criadas de servicio, y asilo en ocasiones de traviesos estudiantes, que establecían en ella durante algunas horas cátedra de diabluras y fechorías.

Ramoniyo, que á fuer de escolar *esprit fort*, no dejaría de *hacer novillos* de cuando en cuando, había sin duda dirigido alguna vez sus correrías hacia aquellos pintorescos sitios, fecundos en sabrosas aventuras, y allí seguramente habría nacido en su juvenil imaginación el proyecto de su comedia, cuyos principales personajes eran una hermosa joven, Aurora de nombre, y un feroz quinquillero conocido por el mote de Tragabombas, jefe de una partida de malhechores que tenía sus reales en la Peña del Hierro.

En la primera escena aparecían un sargento de infantería (no había entonces en Salamanca guarnición de caballería) y una robusta fregona con los rollizos brazos al aire, en ardoroso coloquio, que revelaba lo avanzada que estaba la estación de sus amores, rayana en la Canícula, cuando de pronto se oían lastimeros quejidos, que parecían brotar de las profundidades de la cueva; los dos enamorados suspendían las vías de hecho á que estaban entregados y siguiendo sobresaltados la dirección de la voz, se deslizaban á gatas por las hendiduras de la roca. El paso llegaba á hacerse tan difícil, que tenían que arrojarse en el suelo y marchar arrastrándose en la más com-



CARMEN, cuadro de C. Bantzer

pleta oscuridad, el vientre contra la tierra y guiándose á tientas; de pronto una mano blanquísima iluminada por un rayo de sol, colado por un agujero, aparecía á lo lejos agitando nerviosamente al compás de repetidos gritos de ¡socorro! cuando al propio tiempo se escucha por retaguardia una voz aguardentosa que los ecos de la cueva repercutían con pavoroso estruendo haciéndola más terrible, lanzando tacos, juramentos y amenazas. El sargento y la fregona retroceden arrastrándose hacia atrás, pero como la estrechura es tan grande, los vestidos de la Maritornes se levantan irrespetuosamente amontonándose sobre las espaldas de su dueña y cerrando por completo la abertura del subterráneo, y á los ojos del tremendo Tragabombas que á su entrada se encuentra enarbolando en su diestra mano nudoso garrote, aparecen primero, con paulkockiana desenvoltura, unos zapatos no muy limpios, después unas medias azules que ciñen robusta pantorrilla no mal torneada, y cuya carnosidad descubren á trechos algunos puntos sueltos, y por fin... aquella porción ó porciones del ser humano que la decencia no permite nombrar y que eran en otro tiempo las que recibían en las escuelas las cariñosas reprimendas del maestro, cuando se profesaba el profundo aforismo pedagógico de que «la letra con sangre entra.»

¿A qué seguir? Toda la obra de Ramoniyo, que tenía tres actos, estaba así plagada de escenas de imposible representación, en el fondo y en la forma, abundando las inverosimilitudes y siendo los amazotados versos dignos en todo de tamaños dislates.

Véase para muestra, cómo hablaba el sargento á la fregatriz:

¡Ay Bonifacia! Cuando el otro día
Te ví en la Plaza hablando con el Tuerto
El corazón entero se me partía
Y si sigues con él me quedo muerto.

A lo que contestaba compungida Bonifacia:

Que no te den tan fuertes, *Sigismundo*...
Mira que si te mueres... yo me quedo
Solita y con un chico en este mundo
Y entonces... ¡ya ves tú si era un *enriado*!

Ramón Picatoste escribía esta peregrina muestra de su ingenio á los quince años, poco antes de graduarse de Bachiller en Artes, título que ostentaba en la portada de *Los bandidos de la Peña del Hierro*, detrás de su nombre, y seguido de un *etc.*, que anunciaba lo mucho que el mundo podía aún prometerse de aquel prodigio.

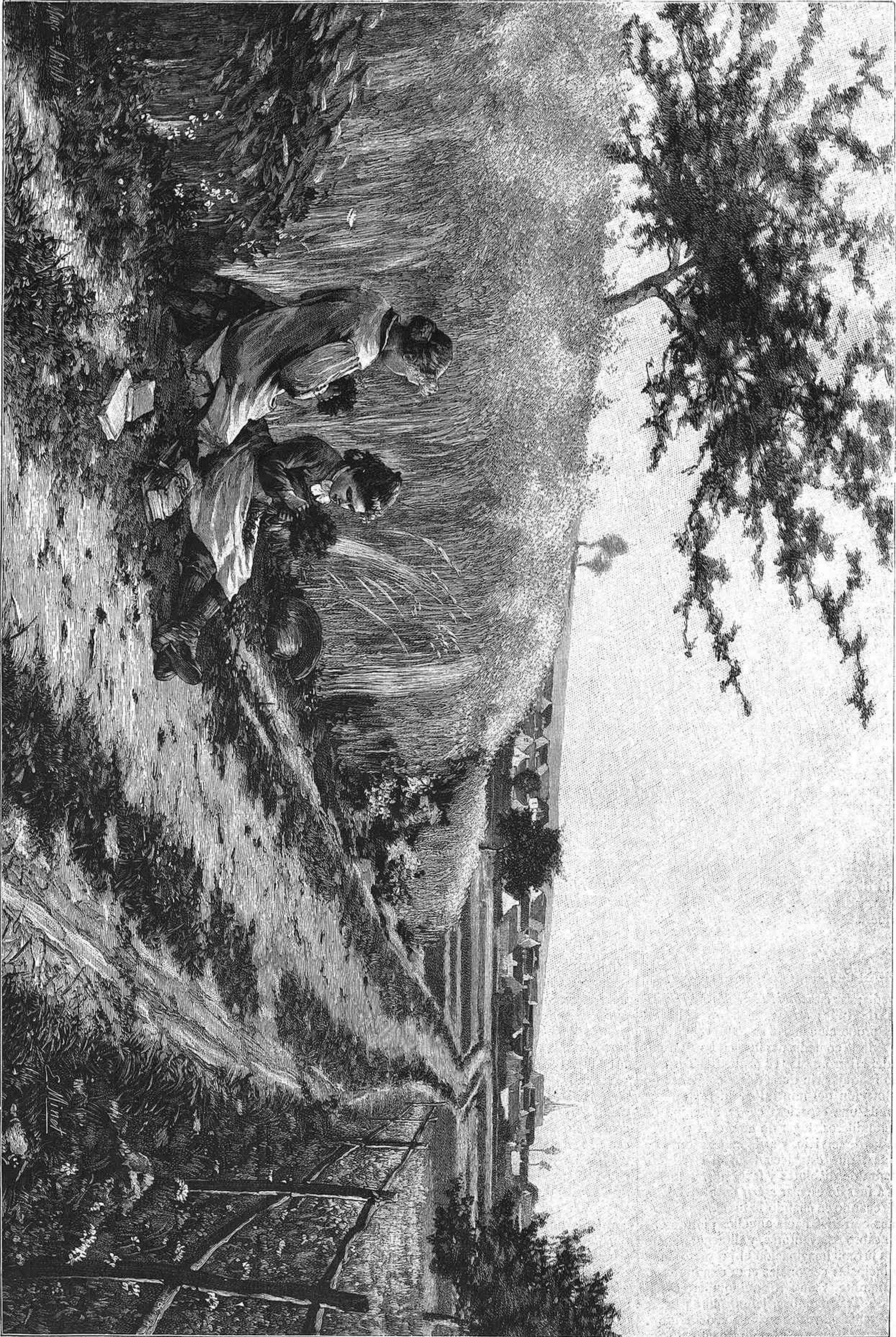
El bachiller Ramón, repleto un tanto de los sinsabores que le proporcionó la publicación de su comedia, vió llegar á pasos agigantados la hora terrible de resolver el problema de su porvenir, eligiendo una carrera, porque, eso sí, aunque Ramón hubiera podido ser un zapatero inteligente, un sastre acreditado ó un ebanista modelo, no había que pensar en semejante cosa; eso era «hacerse de menos», y además Ramón había «salido *pa* ello.» ¡Si fuera como otros, que son unos zoquetes! Por otra parte, su tío Bonifacio pagaba, aunque de todos modos hubiera sido lo mismo, pues el padre de Ramón «se hubiera quitado el pan de la boca», para que su hijo no fuese menos que el de Pacorro, el vecino de enfrente, y el del Zufaiño, el zapatero de por bajo; es verdad que los tales sobre «haber perdido» á sus padres, estaban hechos unos «paseantes en Cortes» y no hacían más que dar disgustos á la familia. Pero á Ramón no le sucedería eso, «¡buena *diferencia* va!»

¿Y qué carrera elegir? «Esa era la negra.» Todas estaban á cual peor. El tío de Ramón había hecho expreso un viaje para asistir con sus consejos á su sobrino, dispuesto á reñir la última batalla en pro del porvenir sacerdotal del joven, aunque sin esperanza de éxito, pues desde que había leído, con no pequeño escándalo, *Los bandidos de la Peña del Hierro*, santiguándose á cada paso é interrumpiendo su lectura

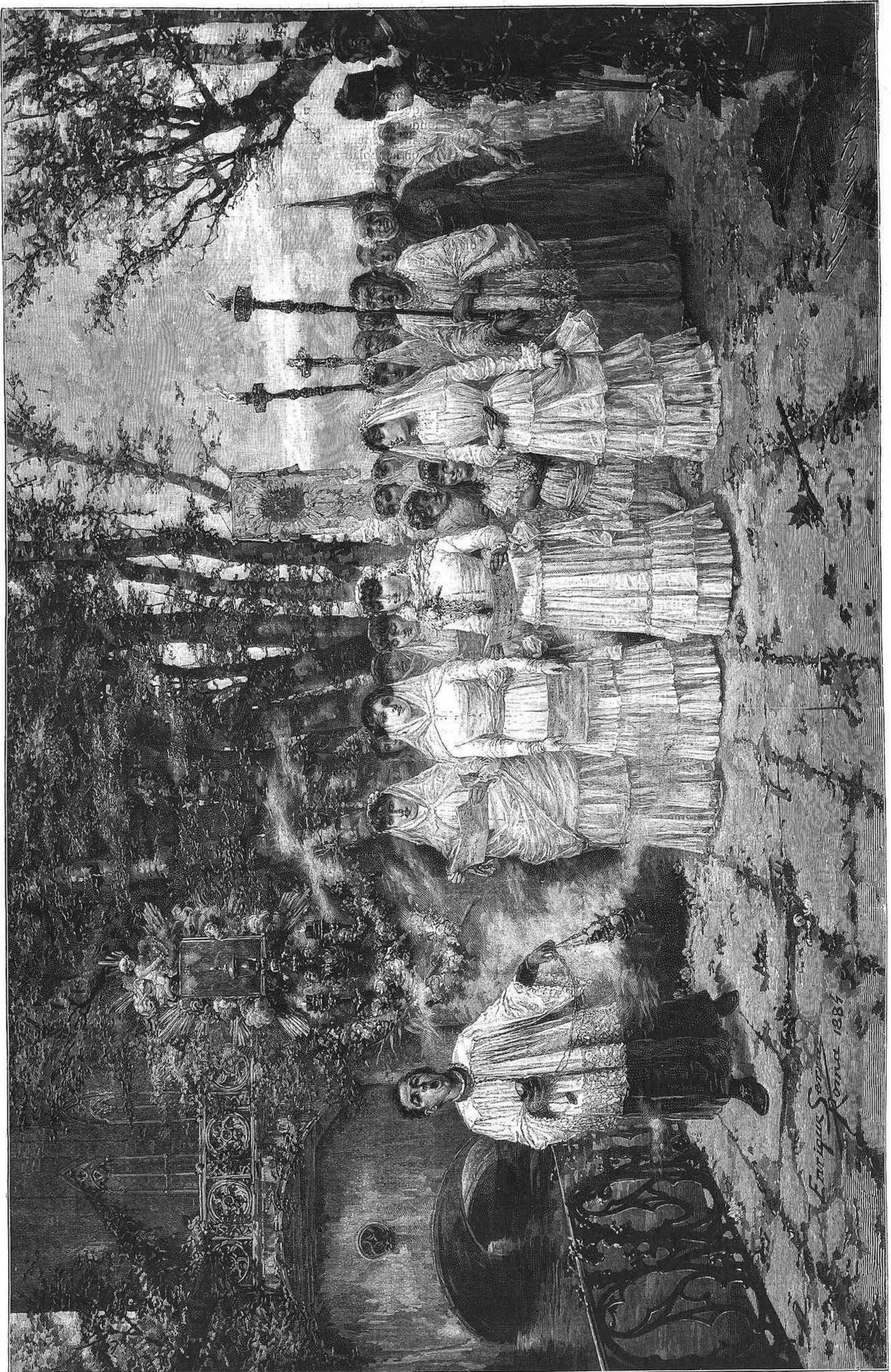
con expresivas exclamaciones de: «¡Jesús, María y José!» y «¡Ave María Purísima!» había adquirido la convicción de que de aquella maleada madera de su sobrino, era imposible que saliese, no digo yo un modelo de virtudes clericales, pero ni siquiera un mal clérigo de misa y olla y de manga ancha. Así es que apenas se suscitó la cuestión, tuvo que batirse en retirada, persuadido de la inutilidad de sus gestiones.

Descartada desde luego la carrera eclesiástica, el problema no era menos oscuro todavía. ¿Qué partido tomar? La carrera de médico era la más socorrida, pues por mal y mal que anduvieran las cosas nunca le había de faltar á un médico «un cacho de partido donde ganarse la vida.» Es verdad; pero... ¡meterse en un pueblo!... ¡tener que andar tratando todos los días con gente estúpida que sólo tienen de hombres la figura!... ¡Y luego, que la Fulanita tiene «dolor de *estómag*!»... que á la Menganita se le ha «caído la espinilla...» que á la Citanita «le ha salido en la barriga no sé qué!...» Quitá allá... Todo eso es muy sucio y repugnante. Y por otra parte... si acierta uno y el enfermo cura, ¡qué buena naturaleza tenía!... y si tiene uno la desgracia de que el enfermo se le quede entre las manos... ¡qué bárbaro de médico!... ¡Nada, nada! No había que pensar en ello. Eso se queda para gentes que no tienen porvenir. ¡Pero Ramón!... Ramón estaba llamado á mucho más que á ser el Doctor Tirteafuera de un villorrio desconocido!...

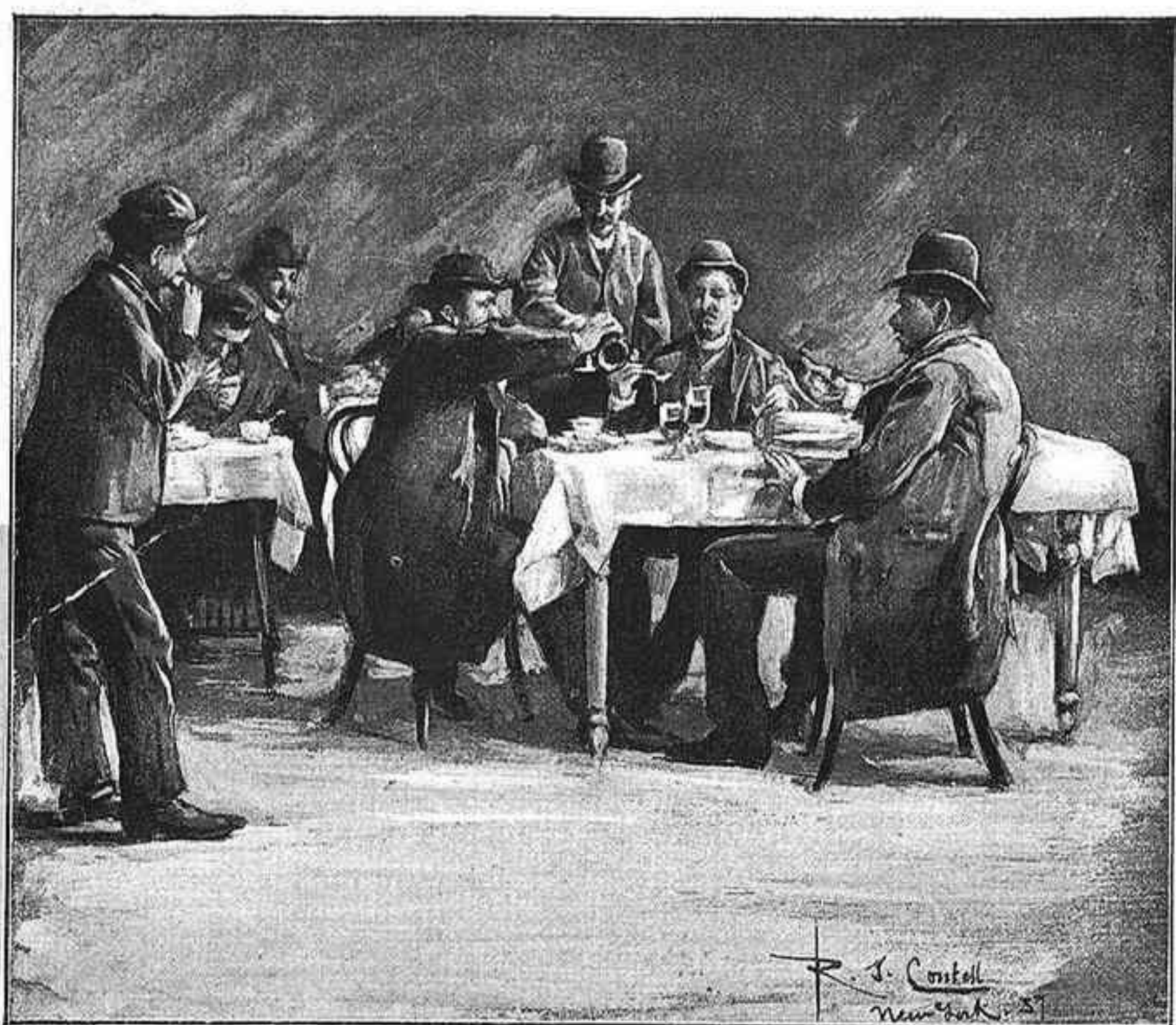
¿Y la Farmacia?... ¡Otra que tal!... ¡La Farmacia! Eso era oficio de horteras más que de otra cosa... Para eso ponía uno comercio de quincalla y si quiera se venderían cosas bonitas y no mejunjes y potingues... Luego se necesita un capital para poner la botica y no se podía seguir la carrera en Salamanca aumentándose no poco los gastos. Es verdad que podía «echarse el ojo» á alguna hija de boticario y casarse uno con ella como había hecho don Bruno, el de don Roque. Pero ¡sabe Dios si se encontraría «buena proporción!» ¡Y aun poniendo las cosas lo mejor posible, lo que es eso de que le llamen á uno pucherólogo, y de hacer emplastos y cataplasmas, y revolver drogas y



CAMINO DE LA ESCUELA, cuadro de E. Minet, expuesto en el Salón de 1887



LAS HIJAS DE MARÍA, cuadro de Enrique Serra



COSTUMBRES EN NORTE-AMÉRICA, dibujo de J. Contell

de cuando en cuando en la sección de «Correspondencia» algunos periódicos de Madrid, literarios de segundo y tercer orden, que dirigiéndose á las iniciales R. P. y Q.—Salamanca, acusaban recibo de las más variadas composiciones negándose á insertarlas y descargando los rayos de su más zumbona crítica sobre el desafortunado y terco remitente.

A mí realmente me daba lástima de aquel pobre muchacho. En el fondo tenía buen corazón y regular inteligencia: pero infatuado con la idolatría de sus padres y los interesados elogios de sus amigos, prontos siempre á tomar café á su costa, había impreso á sus facultades la más torcida dirección, y juzgándose digno de merecerlo todo por ser quien era, tomaba á mengua el estudiar y tenía á gala que se le viese á todas horas en los paseos y cafés, para que así causaran más impresión las respuestas que daba al día siguiente en las cátedras, respuestas que él se imaginaba ser de profundidad salomónica cuando eran sólo

mente el sueño de lo inédito en su cartera, y publicando además por vía de folletín, para vengarse de los que se habían burlado de él, la comedia *Los bandidos de la Peña del Hierro*, corregida y aumentada con dos nuevos actos, y precedida de un prólogo doctrinal, donde el autor exponía sus principios dramáticos, y anunciando una revolución en el arte, apelaba á la posteridad, confiando en que haría justicia á sus méritos. *La Trompeta de Vettonia*, fué enviada á todos los electores de Diputados á Cortes, Alcaldes, Jueces municipales, Secretarios de Ayuntamiento, Párrocos, Médicos y Boticarios de las provincias castellanas y salió á luz durante todo un trimestre sin conseguir hacer más que una suscripción, la de un Juez municipal, retirado del servicio militar, que quería que su hijo fuese corneta de regimiento, y que al ver á la cabeza de la revista su título inscrito en una hermosa trompeta de litografía, creyó que sería un periódico de la clase, dándose de baja en la suscripción en cuanto vió que el periódico no se ocupaba en toques militares.

¡No importa! El objeto principal,—como decía Ramón,—estaba conseguido. El se había dado á conocer en el mundo de las letras, y ahora ya nadie podría quitarle sus sonoros títulos de fundador-propietario y ex-Director de *La Trompeta de Vettonia*. Además de esto, él se proponía con la publicación de aquella revista, ganarse la voluntad de los catedráticos en la época ya cercana de los exámenes, presumiendo que ningún profesor se había de atrever á no dar sobresaliente á un joven tan ilustrado, fundador-propietario y Director de *La Trompeta de Vettonia*. ¡Era «muy cuco» Ramón!—como decían sus amigos con tono entre zumbón y lisonjero, haciendo poner rojo de satisfacción al vástago picatostil que se pagaba grandemente de aquel título de «cuco» expresión de la quinta esencia de lo listo.

Un día ví entrar por segunda vez en mi despacho á los dos Picatostes, padre é hijo. Los dos venían sofocados, como si acabaran de sostener una reyerta.

—Sean Vds. bien venidos,—les dije.—Tomen ustedes asiento, y sosiéguese un poco, porque parece que vienen Vds. alterados.

—El caso no es *pa* menos, cabayero,—exclamó el padre.—Esto no se puede aguantar.

—¿Qué les ha pasado á ustedes?

—¡Caye V., señor!... ¡Una picardía! ¡Una infamia!... ¡Vamos! que no sé como me puedo contener.

—Pero, ¿qué es ello? Explíquense Vds. ¿Les han estado? ¿Les han insultado?

—¡Si no fuera más que eso!... Mucho peor, cabayero...

—Yo se lo diré á V.,—indicó Ramón.—El Sr. Cifuentes, catedrático de Derecho romano...

FERNANDO ARAUJO

(Continuará)

ponerse detrás de un mostrador á despachar recetas... ¡Vaya una cosa más prosaica!... ¡Quita, quita! Ramón no había nacido para eso... ¡Pues no faltaba más!

¿Y la carrera de Ciencias?... ¡Vaya! Eso ya era otra cosa. La Física y las Matemáticas, la Cosmografía y la Química, la Historia natural y los Fluidos... ¡todo eso es muy bonito! La verdad es que son estudios muy elevados, y luego... se tiene un porvenir de catedrático, de hombre de Ciencia... se pueden hacer descubrimientos como el del movimiento continuo, la dirección de los globos, ó la cuadratura del círculo y hacerse uno célebre de un golpe. Pero... la cuestión era que á Ramón no le entraban las Matemáticas «ni á tiros.» Por otra parte lo cierto es que la carrera de Ciencias «tiene muy pocas salidas» y es difícil colocarse; y aunque á Ramón no le faltaría, porque, ¡es claro! para faltar á Ramón «muy mal tenía que andar la cosa,» sin embargo... por esto, y por lo otro, y por lo de más allá... ¡nada! ¡nada! no se hable más de Ciencias.

La carrera de Filosofía y Letras tenía más atractivos para Ramón; pero tenía también «la contra» de las lenguas, que ni bien ni mal «le entraban» al joven dramaturgo. Y por otra parte, la verdad es que los estudiantes de Letras parecen todos «unos pelafustanes» mirados por encima del hombro por los de Derecho. Y luego... que tampoco «tenía salidas» esa carrera; en fin, que no le convenía, porque había que trabajar mucho y «no se sacaba en limpio apenas nada.»

Quedaba la carrera de Derecho. Esa sí que «tenía salidas,» se podía ser juez, registrador, abogado, fiscal... ¡qué sé yo! Y eso para empezar, que luego... ¡sabe Dios! Además, todas las personas «de viso» habían estudiado Derecho. Zampolas, el hijo de D. Patricio, el Senador, iba á estudiar Derecho; el marquesito de Zancalarga le había dicho á Ramón que se iba también á matricular en la misma carrera; el sobrino del conde del Bolinche y el primo del vizconde de Gargavete iban á hacer lo mismo; en fin, lo más lucido de sus condiscípulos, los Bachilleres de la última hornada, todos iban á estudiar Derecho... ¡Es la gran carrera, digan lo que quieran! Es verdad que Contreras, el hijo de D. Cucufate, había tenido que contentarse, para no comerse los codos de hambre, «con una plaza de escribiente:» pero eso le pasaba á Contreras; á él, á Ramón, «nunca jamás» le pasaría tal cosa. También se contaba el caso de un licenciado en Derecho, y aun en alguna otra facultad, que había venido á parar en campanero de la Catedral... «y gracias.» Pero en cambio, ahí estaban Castañudo, y Rompetoses y Zalagarda que bien habían medrado. Y además, ¿de dónde salen los Diputados, y los Senadores, y los Ministros, y los periodistas, mas que de los abogados? ¡Nada, nada! El Derecho era la carrera de Ramón; allí estaba su porvenir.

Y dicho y hecho. Picatoste y Quijada (D. Ramón) figuró aquel año en las listas de la Facultad de Derecho, entre los Zampolas, Zancalargas, Bolinches y Gargavetes, y otros no menos ilustres retoños de empingorotados y linajudos personajes, y para no hacer «mal papel» á su lado, obligó á su padre á que le comprase reloj y á que le señalase una pensioncita para ir á tomar el cotidiano café en la Perla ó en el Suizo (entonces no existían las Cuatro-Estaciones, Oporto ni Colón) y para jugar unas carambolas, siendo excusado decir que con estas costumbres, Ramón dió al traste con sus hábitos de estudio para no ser «tenido en menos» y considerado como un «tachuelero» por los aristocráticos amigos con quienes se envenecía de alternar.

VII

El calvario de Ramón Picatoste, estudiante de Derecho

Yo no había vuelto á cruzar una palabra con Ramón, y fuera de las veces que nos encontrábamos casualmente en la calle, no tenía de él más noticias que las que daban

insignes vaciedades.

Desde que la muerte de su tío el cura que le dejó único heredero de su respetable fortuna, permitió á Ramón satisfacer todos sus caprichos rodeándose de una verdadera corte de aduladores, ávidos de recoger con sus lisonjas alguna migaja de la sacerdotal herencia, el estudiante de Derecho vivía en una atmósfera tan saturada de incienso que le cegaba por completo, y viendo alabados sus más fútiles dichos y acatadas sus más extravagantes opiniones, se llegó á persuadir de que estaba destinado á grandes cosas, y ni consentía que se le contradijera por sus iguales ni respetaba la autoridad de sus superiores.

Para dar rienda suelta, sin estorbo alguno, á sus aficiones literarias (literarias eran, puesto que tenían por objeto las letras... de molde), Ramón Picatoste se decidió á fundar una revista semanal, que tituló, después de no pocas vacilaciones, *La Trompeta de Vettonia*, por parecerle demasiado gastado el título de *La Lira* y sobrado cursi el de *El Arpa*, dando en sus columnas cariñosa hospitalidad á cuantas producciones dormían forzosa-



COSTUMBRES EN NORTE-AMÉRICA, dibujo de J. Contell

cit
de
cir
tic
el
ni
los
y
ci
hu
ar
me
vi
cu
so
pe
ab
rri
fin

mo
qu
me
qu
dic

feg

se
par
com
plo
pro
sie
am
vuc

da
ale
¿D

mo
I
cuy
Esp

un
los
dos
por

nac

ver
que
los
ten
pru
que
raz
cua
ejé
nac
gad
las

feg
vid



COSTUMBRES EN NORTE-AMÉRICA, dibujo de J. Contell

EL VIOLÍN DE UN MAESTRO DE ALDEA
(Continuación)

Toda Europa se hallaba iluminada por el sol y se percibían distintamente todos los accidentes y sinuosidades del terreno, formando figuras fantásticas primorosamente cinceladas. Montes y valles ostentando los diferentes matices de la vegetación, desde el verde más oscuro hasta el amarillo dorado: las altas cordilleras coronadas de nieve, los lagos, los ríos, los mares reflejando el azul de los cielos; ofrecía el todo un cuadro mágico de vivísimos y resplandecientes colores. Pero lo que más llamaba la atención de Florencio era la obra prodigiosa del hormiguero humano: las ciudades con sus grandiosos monumentos arquitectónicos, los caminos de hierro con los trenes en movimiento cuya rapidez revela la brevedad de nuestra vida. Aquel sorprendente espectáculo sobrepasaba á cuanto la rica imaginación de Florencio hubiera podido soñar; así es que sobrecogido por una grande agitación permaneció largo rato sin acertar á proferir una palabra, absorto y en muda contemplación. Las lágrimas que corrieron abundantemente por sus mejillas anunciaron el fin de la crisis.

—¿Qué es eso? —dijo Belfegor, —¿por qué te afliges?
—Amigo Belfegor; no acierto á explicar lo que en este momento siento. El inmenso é incomprensible poder del que lanzó los mundos al espacio, abruma mi espíritu y me llena de terror haciéndome comprender ahora mejor que nunca la pequeñez del hombre y su misérrima condición. ¡Vivir! ¡vivir! ¡y nada más que vivir! ¿Para qué?
—No te metas ahora en esas honduras, —replicó Belfegor, —pues no están al alcance de tu inteligencia.

—Todas esas naciones, —prosiguió Florencio, —que se han destrozado y destrozán en guerras insensatas me parecen desde aquí una sola y desventurada familia. Me contristan sus desgracias. Mira esos innumerables templos cuyas torres parecen dirigirse al cielo implorando protección! Y luego, levantando más la voz como si quisiera ser oído de la tierra, exclamó: —¡Pobres humanos, amaos los unos á los otros, que en eso está el secreto de vuestra felicidad!

Con este desahogo recobró su espíritu una tranquilidad completa, y dirigiéndose á Belfegor le dijo en tono alegre.

—Ea, cicerone, demos principio á nuestro viaje. ¿Dónde está mi patria?

—Hela ahí á tus pies.
—Ese país, —prosiguió Belfegor, —está organizado de modo que hace inútil nuestra intervención en sus asuntos.

Parecía Madrid una araña en el centro de su tela en cuyos hilos se hallaban enredados todos los pueblos de España.

—Ahí tienes en este momento, —decía Belfegor, —á uno de sus ministros transmitiendo órdenes terminantes á los gobernadores de las provincias para que sean elegidos en las próximas elecciones los candidatos designados por él.

—¡Ah miserable! —exclamó Florencio lleno de indignación.

—Al parecer, no comprendes —replicó Belfegor— las ventajas que ofrece ese sistema; pues origina nada menos que un derecho perfecto de insurrección de que carecen los pueblos legalmente constituídos. Además, en ese sistema los españoles se hallan en posesión de una jurisprudencia flexible y adecuada á los intereses personales que esos diputados van favoreciendo por turno. Por esta razón su influencia en la política es nula. De su cambio, cuando es necesario, se encarga el poder ejecutivo ó el ejército que es de hecho el depositario de la voluntad nacional; y los diputados que lo saben, una vez congregados, se entretienen en leer comedias ó en hablar de las máscaras.

—Sea el procedimiento legal ó ilegal, —prosiguió Belfegor, —el resultado es siempre el mismo. Ayer me convidaron á comer en Chihuahua y observé que servían el

café en los vasos que destinan en Europa para enjuagues; y esto no impedía que el café fuese excelente.

—Ya veo que te burlas. Dime por qué forma de gobierno se rigen en el infierno.

—Nosotros tenemos una monarquía templada.

—Será más bien caliente, —contestó Florencio, —soltando una carcajada.

—Y la literatura, las ciencias, las artes, ¿se hallan en mi patria, —prosiguió Florencio, —en el mismo estado que la política?

—En el mismo; —contestó Belfegor. —Todo está sujeto al mismo sistema.

—Es probable, —dijo Florencio. —Los resplandores del genio español, tan vigoroso al empezar el siglo XVI, se extinguieron con los príncipes que labraron la ruina de la patria.

—Y cuando un pueblo, —añadió Belfegor, —pierde su independencia moral é intelectual se hace forzosamente tributario de otro, y tarde ó nunca llega á emanciparse.

—¿Y el teatro?

—Los autores dramáticos pegan palos de ciego en versos muy sonoros, pero sus obras tanto tienen de español como los extranjeros á quienes se concede la nacionalidad de cuarta clase.

—La política, —añadió, —absorbe y degrada el genio español.

—¡Oh! No hablemos ya más de política, —contestó Florencio.

—Para eso, amigo mío, es preciso salir de España.

—Veamos á Italia.

—Ahí la tienes, —dijo Belfegor señalando la península con el índice.

Italia, Italia, ó tu cui feo la sorte.

Dono infelice di bellezza... empezó á declamar Florencio.

—Ya en la historia de ese país, —dijo Belfegor, —se cerró el lúgubre capítulo que inspira á Felicaja ese bellísimo soneto. Pero exaltada la imaginación de Florencio continuaba declamando; y de repente, á la vista de Nápoles, variando de metro se elevó á las regiones de un loco entusiasmo refiriendo en prosa heroica las campañas del Gran Capitán. Belfegor que estaba harto de conocerlas no quiso, sin embargo, interrumpir aquel desahogo patriótico por parecerle muy conveniente á un español de estos tiempos. Pero tan pronto como Florencio terminó su peroración, exclamó: —¡Roma! ¡Ahí tienes á Roma!

—¡*Rome l'unique objet de mes ressentiments!*

También yo sé relatar versos.

—Mira el insigne monumento elevado á San Pedro. Parece por su solidez desafiar los siglos y sin embargo su fin está más cercano de lo que presumes. Las generacio-

nes futuras contemplarán sus ruinas como las actuales contemplan las del Coliseo y del Templo de la Paz.

—Estás en un error, —repuso Florencio. —Tu propia existencia me lo prueba, porque el día que desapareciera de la tierra la fe que elevó ese grandioso monumento, ¿qué sería de tí?

—¿Qué sería de mí? ¡Vaya un modo de discurrir! Ese día sería el de mi gloria, el de mi apoteosis.

Entonces Florencio, queriendo herir aquella soberbia en el corazón: —¿Qué títulos son los tuyos, —dijo, —para fundar una pretensión tan exorbitante? ¿No ocultas acaso bajo tus nombres de Baal-Peor, ó Baal-Phegor el de un dios de impurezas?

—¿Esa es una columna infame de Orígenes, —repuso Belfegor, y sus ojos lanzaban chispas como el hierro candente. —Ya suministraré yo á mi amigo Sánchez Calvo los datos necesarios para que en la primera edición que haga de su obra sobre nuestros nombres, pueda esclarecer este punto. Aquí donde me ves, yo soy el mismo Osiris á quien tantas naciones rindieron culto. Proscrito y ejerciendo mi poder de una manera oculta y degradante desde que los sectarios del Galileo derribaron mis templos y el trono que con tanto esplendor ocupaba en Egipto, la sed de venganza inflama mi pecho y no descansaré hasta que consiga satisfacerla. Tú, simple mortal, no puedes comprender la intensidad de este sentimiento en el corazón de un dios. —Las lágrimas apagaron el fuego de sus ojos; pero luego añadió con una fruición detestable: —Contamos ahora con el apoyo decidido de muchos mortales que nos son adictos, y hemos adoptado para la lucha un procedimiento eficazísimo. Los carlistas y posibilistas españoles lo han adoptado también y les está dando excelentes resultados; de modo que muy pronto nuestro imperio recobrará en la tierra su antiguo esplendor oscureciendo la gloria del Cristo.

Discutiendo con el Cura, en un momento de mal humor, se había mostrado Florencio como racionalista ordinario. Conservaba sin embargo en el fondo de su conciencia un sentimiento de católico ferviente, y aunque le parecía una profanación tratar de defenderlo contra los ataques de Belfegor, no pudo reprimir su indignación, y así, le dijo:

—Si fuera posible reunir en un solo individuo la gloria adquirida por todos los grandes hombres de la tierra, sabios y grandes conquistadores, no sería comparable á la que alcanzó Jesucristo sin más armas que su palabra y el madero en que expiró. Aquella palabra divina sacó á la humanidad del cieno inmundo en que se revolcaba al pie de tus altares, y servirá de guía al género humano mientras el mundo exista.

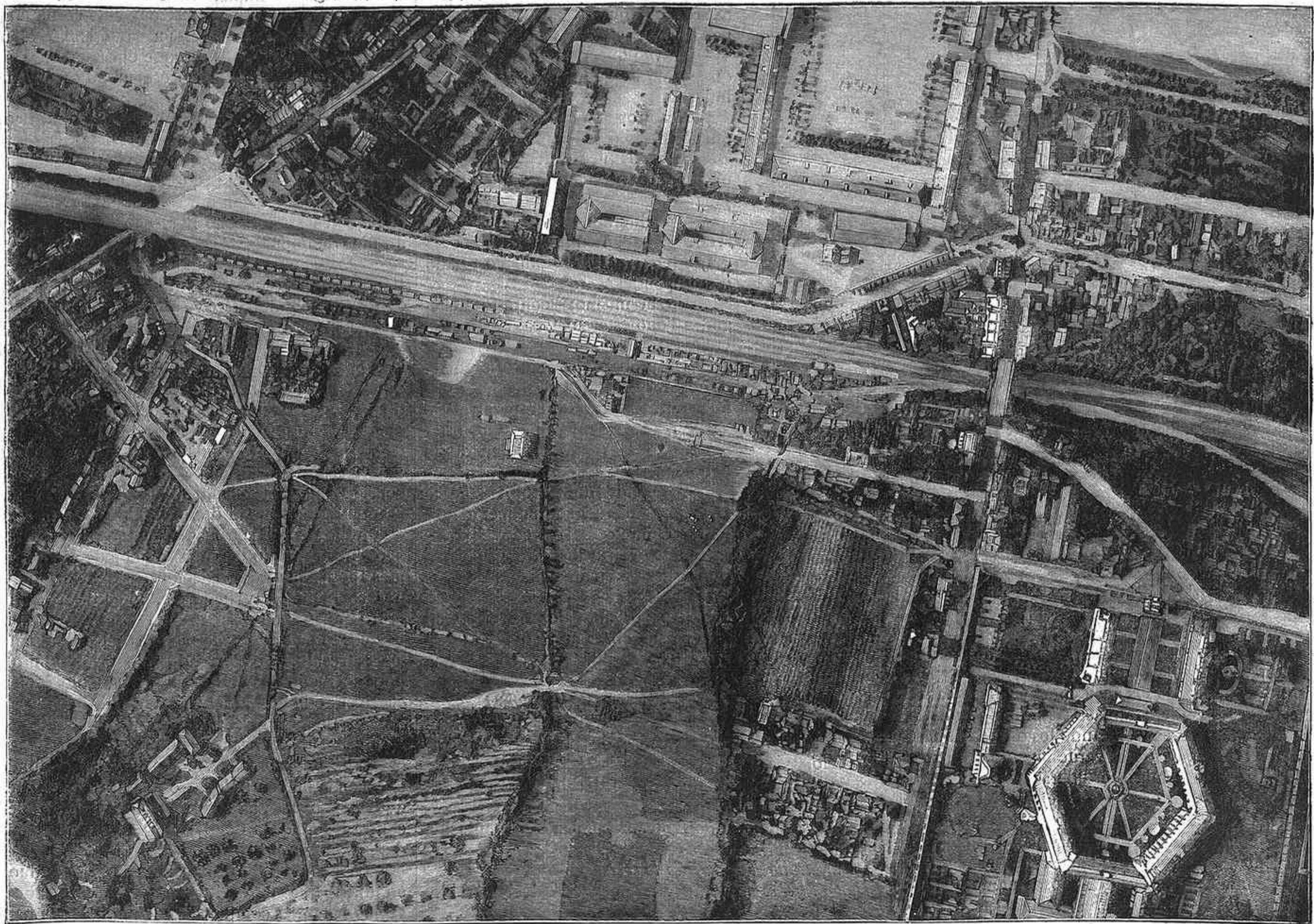
—Esta manera de raciocinar es deficiente. Los hechos no constituyen siempre la prueba de la verdad.

—Pues entonces te diré con franqueza, amigo Belfegor, aunque con ella lastime tu amor propio, que si me hallo contigo en estas alturas es en virtud de un poder superior al tuyo, y que tan firme es mi fe en él, que nada, absolutamente nada temo de tí.

Al terminar estas palabras Florencio levantó los ojos al cielo y en el mismo instante se rasgaron las nubes apareciendo en medio de una aureola de irisados colores un coro de ángeles con arpas de oro cantando alabanzas al Señor.



COSTUMBRES EN NORTE-AMÉRICA, dibujo de J. Contell



FOTOGRAFÍA DE LA CIUDAD DE RENNES, tomada á una altura de 800 metros por el aeronauta P. Jovis

Todavía resonaba en el espacio el eco de aquella música dulcísima, cuando Belfegor, que parecía no haberla oído, contestó, sin embargo, en tono menos altanero, diciendo:

—Ese gran poder inmutable ni lo niego ni lo discuto; y al parecer tú no has comprendido mi pensamiento. Yo te hablo como un filósofo terrestre de lo que pasa en la tierra, y quería demostrarte al anunciarte la desaparición de San Pedro de Roma, que la religión es progresiva y que por lo tanto tiene que hallarse siempre forzosamente en armonía con los conocimientos humanos y su modo de sentir; porque la humanidad no se hallará nunca en posesión de la verdad. Las grandes controversias habidas entre los organizadores del cristianismo, y las guerras que con este motivo ensangrentaron la tierra, prueban, cuando menos, que la doctrina del Maestro se presta á interpretaciones diversas; y el día en que para establecer por artefacto humano la unidad imposible en las creencias, se impusieron como obligatorias las prácticas religiosas, aquel día una estrepitosa carcajada resonó en los infiernos. Desde entonces la sociedad cristiana empezó á vivir en abierta rebelión contra sus principios fundamentales; y tanto se parece un cristiano de hoy al de los primitivos tiempos de la iglesia, como me parezco yo al cura de Bellamar.

—Eso lo ha dicho un protestante.

—Esa es la manera de argüir que emplea la Iglesia,—repuso Belfegor.—La verdad se autoriza por sí propia, ni pierde ni adquiere valor con decir la un Lutero ó un Papa.

—Y esa rebelión,—repito,—iluminada por la filosofía moderna, va preparando para un día no muy lejano nuestro triunfo definitivo.

—¡Eso, jamás!—exclamó Florencio.—Las controversias que han agitado al cristianismo, obra tuya son; y todos los filósofos, desde el apóstata Juliano hasta los contemporáneos, inspirados por tu espíritu infernal, no han hecho más que sembrar en el mundo la confusión, la duda y la impiedad, destruyendo el consuelo de los desgraciados y la esperanza de la humanidad.

—Así como los Santos Padres,—repuso Belfegor,—han destruido las ilusiones del paganismo.

—¡Qué abominable comparación! Las ilusiones del paganismo se secaban por sí solas en el corazón humano, mientras que en el espíritu del cristianismo halló la vida y su definitiva aspiración. Cuenta si puedes las cruces que ves desde aquí; pues aunque llegaran á desaparecer todas, no se borraría del corazón humano ese símbolo sagrado de la fe, que volvería á recobrar en la posteridad más remota su primitivo esplendor. *Porte inferi non praevalébunt adversus eam.* ¡Sueñas, pues, con un triunfo imaginario!

Esta discusión agrió un tanto los ánimos y así ambos amigos permanecieron largo rato en silencio sin hacer

observación alguna sobre lo que veían, mudos como si estuviesen en presencia de un cementerio. Así contemplaron la silenciosa Venecia. Los gondoleros bostezaban en sus ataúdes flotantes.

—He ahí unos ciudadanos á quienes no molesta el ruido,—dijo Belfegor.

—Ni el polvo,—respondió Florencio.

La conversación entre ambos se reducía á palabras sueltas.

—¡Viena!

—Un conservatorio de música.

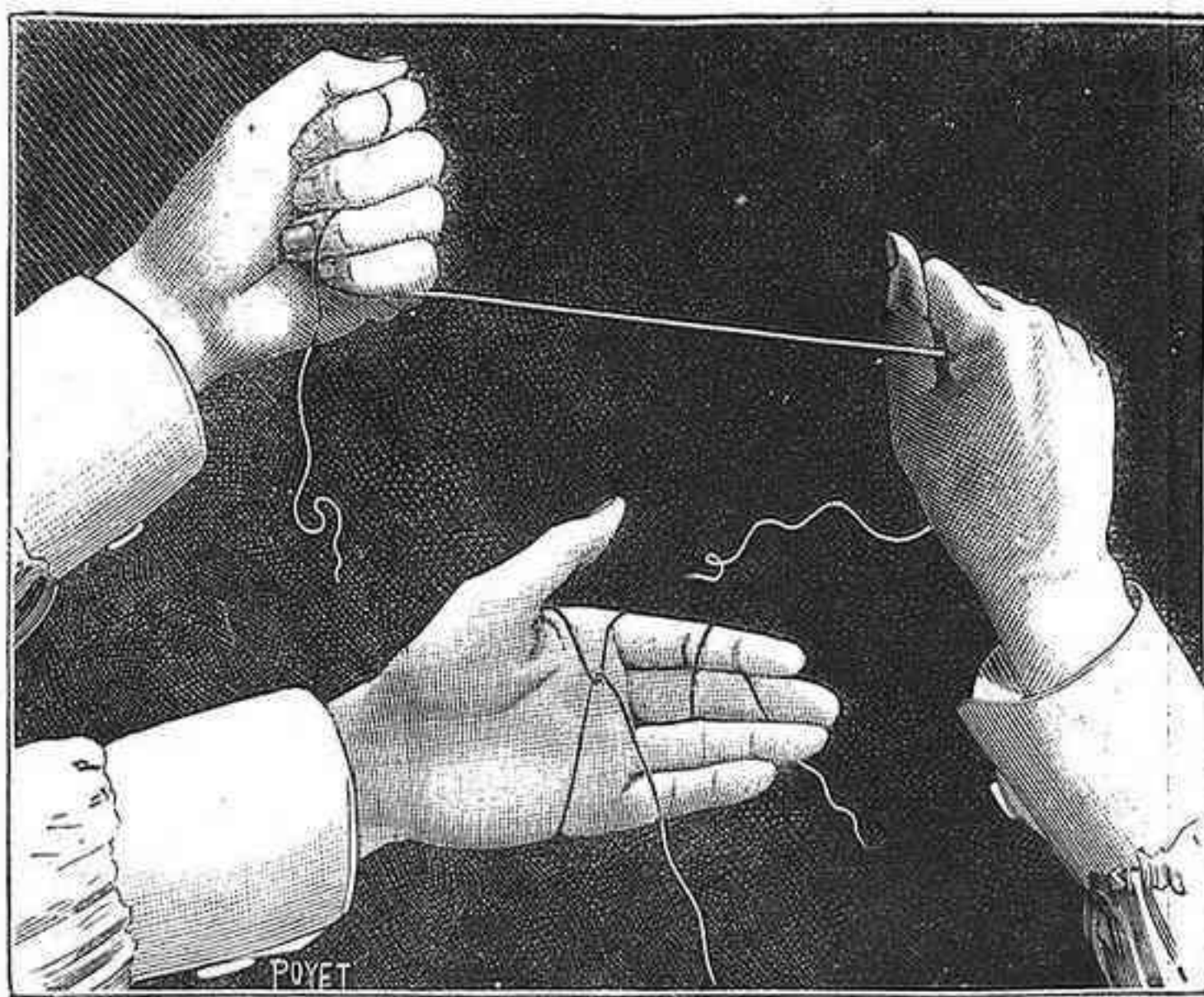
—¡Berlín!

—Un cuartel.

—¡París! ¡París!—gritó Belfegor,—¡París!

¡El gran *sensorium* de la humanidad!

Receptáculo ó crisol en el que se funden las ideas de todos los pueblos. Ahí reina una atmósfera moral cosmopolita, que permite respirar con entera libertad. En todas partes se halla el ánimo más ó menos comprimido y por esta razón el único día malo en París para los forasteros es aquel en que tienen que abandonar esa residencia encantadora. En ninguna otra parte del mundo está más adelantada la industria para satisfacer los goces materiales y espirituales de la vida. La cocina, las mo-



Manera de cortar á mano impunemente un cordón.

das y la literatura: con estas armas hace París la conquista moral del orbe. ¡Cómo no imitar un pueblo que sabe comer tan bien y vestir con tan buen gusto! Así continuará siendo la capital del mundo civilizado: y, ó sol ó volcán, alumbrará... —No sigas,—interrumpió Florencio —esa es música de Lamartine.—(Continuará)

LA CIENCIA PRÁCTICA

A menudo habréis visto sin duda cómo los dependientes de las casas de comercio cortan el cordón de empaquetar sin ningún instrumento, sino cogiéndolo de cierto modo con ambas manos, que juntan y separan bruscamente.

Tal vez hayáis creído que para obtener este efecto basta el brusco movimiento, y si así es, no estáis en lo cierto y os puede costar caro el error. Probadlo y os cortaréis las manos, sin cortar el cordón por poca consistencia que tenga.

Para cortar á mano un cordón sin este peligro, hay que disponerlo previamente de la manera que vamos á explicar.

Colócase en la mano izquierda el cordón que haya de cortarse y se pasa un cabo sobre otro de modo que se crucen, dejándolo bastante largo para dar muchas vueltas; vuélvese el otro extremo y se arrolla á la mano derecha, cuidándose de dejar entre ambas manos un buen espacio como de 0,50 m. poco más ó menos.

Para que el procedimiento sea correcto y dé el resultado apetecido, debe el cordón formar en medio de la mano una Y más ó menos perfecta, como se ve figurado en el dibujo en la parte inferior de nuestro grabado.

Dispuesto así el cordón y bien tendida la Y basta coger el cordón con la otra mano, teniéndolas á distancia de unos 0,50 m. como indica la parte superior de la figura.

Hecho esto se aproximan las manos y se apartan bruscamente dando un golpe seco en el punto de conjunción de los dos brazos de la Y, que forman un verdadero cuchillo.

Bien se concibe que roto bruscamente el cordón, no ha tenido tiempo el choque de transmitirse á las carnes. Aquí hay una interesante demostración del principio de la inercia.

Por este procedimiento puede llegarse á cortar un cordón de bastante consistencia y sin hacerse ningún daño en las manos, que es lo principal. Las manos más delicadas pueden hacer impunemente este curioso y útil experimento, siempre que el procedimiento esté bien hecho, es decir, que la tracción sea rápida después de disponer el cordón de la manera indicada, según se demuestra en el grabado que acompañamos.

Con alguna práctica es cosa fácil y rápida, y los dependientes de almacén, que están muy ejercitados, llegan á prescindir de cuchillo y de tijeras para esta necesidad de todos los momentos.

(Tomado del periódico *La Nature*)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN